



CAPITULO VI

(1814)

Derrota de Morelos en Puruarán.—Prisión del cura Matamoros.—Indulto concedido á consecuencia de la restauración del Monarca español.—Disensiones entre los principales corifeos de la revolución mexicana.—Varios combates gloriosos sostenidos por las tropas del Rey.—Toma por éstas de la ciudad de Oajaca, y del castillo y puerto de Acapulco.—Acción del Veladero.—Destrucción completa de los rebeldes.—Nuevas expediciones del citado Morelos y consecuentes discordias con los demás caudillos.—Victorias del brigadier Arredondo sobre los indios sublevados en las fronteras de la provincia de Tejas.—Nuevos triunfos parciales ganados por los realistas.—Toma de Nautla.—Consecuencias de la restauración del legítimo Monarca.—Estado de los negocios á fines de 1814.

La derrota de Morelos en las lomas de Santa María, ocurrida hacia fines del año anterior, parece que debiera haber desconcertado á este enemigo de la pública tranquilidad y haberle hecho renunciar á la continuación de sus desórdenes; mas no estaba todavía su alma feroz satisfecha de derramar sangre inocente, y siguió por lo tanto comprometiendo las sencillas turbas para llevarlas al matadero. Después de la citada derrota había tomado posición en la hacienda de Puruarán, distante veintidós leguas al SO. de Valladolid con todas sus fuerzas, capitaneadas por él mismo, por Matamoros, Muñoz, Rayón y otros cabecillas. El honor de este triunfo estaba reserva-

do al impávido brigadier Llanos, que con tanta gloria le había vencido pocos días antes.

Conociendo este digno jefe la necesidad de desplegar todos los recursos de su ingenio y los esfuerzos de su brazo para dar un golpe decisivo al ejército de dicho Morelos, que era el más numeroso y respetable, y el principal apoyo de la insurrección, tomó las medidas más oportunas que le sugirieron su celo y patriotismo.

Habiendo enviado una división de infantería al mando del sargento mayor D. Domingo Clavarino para que atravesase las penosas barrancas de la izquierda, y sorprendiese á los insurgentes emboscados, rompió Llanos la marcha con todo el resto de su división; y situado en una altura inmediata á la que ocupaba el enemigo, observó todo su campo, conoció sus flancos, y advirtió que otra altura que se hallaba al alcance del cañón dominaba sus puntos fortificados.

Ocupando aquella posición sin demora, y colocando en ella un obús y dos cañones, mandó romper el fuego, que fué contestado con viveza por el enemigo, bien preparado en todas sus líneas de defensa. El teniente coronel Orrantia, que fué destinado á este tiempo con dos batallones y una pieza contra las cercas y parapetos de los contrarios, no pudo conmover su entereza y ánimo resuelto; pero habiendo emprendido con un trozo de caballería un movimiento sobre la izquierda, y atacado de frente con la infantería, logró hacerse dueño de aquellos atrincheramientos. Desordenado entonces el enemigo, puesta en dispersión toda su infantería, y yéndole á los alcances los batallones realistas, dió orden el brigadier Llanos para que saliese toda la caballería en persecución de los prófugos, como lo verificó, especialmente la del mando de Itúrbide, que extendió sus correrías por el espacio de dos leguas.

Por más aliento que infundiese á aquellas gavillas la presencia de su general Morelos, llegaron á perderlo totalmente á la vista de unas tropas tan valientes, á las que

nada arredraba en la carrera de la gloria. Nadie pensó ya sino en la conservación de su vida, la que salvaron muchos con la celeridad de su fuga y al favor de la aspereza del terreno. Empero reconocido el campo de batalla, se hallaron más de 600 muertos, entre ellos muchos jefes, 700 prisioneros, 23 piezas de varios calibres, 626 fusiles, 325 carabinas y 150 cargas de municiones. Otro de los triunfos más importantes de esta jornada fué la prisión del clérigo Matamoros, teniente general y segundo de Morelos, y la de 18 coroneles, tenientes coroneles y capitanes.

Esta ilustre victoria, que sólo costó 5 muertos y 36 heridos á las tropas realistas, acabó de hacer perder al terrible caudillo de la revolución mexicana el resto de aquel prestigio que había sabido conservar todavía entre una porción de viciosos é ilusos, que se creían invencibles al lado de un hombre tan extraordinario por sus maldades como por su actividad, energía, valentía y arrojo.

La noticia de los dos irreparables golpes dados á Morelos en el corto espacio de diez días, derramó por todo el virreinato de México el mayor consuelo y satisfacción. El celoso virrey Calleja creyó ya desde entonces que el restablecimiento de la paz general sería todavía más rápido de lo que podía esperarse, especialmente si se lograba la fortuna de aprehender al genio errante de la rebelión, al que, si bien se creía sin fuerzas para volver á la pelea, no se le dejaba de temer, por aquella audacia y fiereza que le hacia mirar con desprecio los mayores contrastes y reveses.

Los realistas, pues, no se descuidaron en tomar eficaces medidas para exterminar tan formidable enemigo; y si bien no pudieron conseguirlo hasta el año siguiente, las operaciones de los rebeldes, sin embargo, se resintieron desde esta época de la adversidad que les perseguía, del descrédito en que habían caído y de los progresos que iba haciendo la opinión á favor de los reales derechos.

El caudillo Matamoros, hombre de mayor ingenio y travesura que su mismo jefe, á cuyas acertadas disposiciones habia debido éste la mayor parte de sus ventajas, fué reservado por entonces de la muerte á que habian sido destinados en el acto los demás jefes insurgentes, con la idea de que hiciese revelaciones útiles á la causa del Rey, ó de que, con el prestigio de su nombre, desarmase el brazo de sus compañeros. La retractación sucesiva de sus errores, y la humildad religiosa con que imploró el perdón por sus enormes culpas, son dos testimonios auténticos que debieron haber separado de la senda del crimen á los fanáticos rebeldes, si la fiebre revolucionaria les hubiera dado lugar á reflexionar sobre su posición; pero, á pesar de la publicidad que se dió al arrepentimiento de aquel extraviado eclesiástico, y no obstante la cristiana conformidad con que sufrió el último suplicio á principios de Febrero, no depusieron las armas los principales cabecillas, y continuó la guerra, por lo tanto, con igual encono y animosidad.

Esta empezó, sin embargo, á ceder algún tanto desde que se supo de positivo la restauración del augusto Soberano legítimo al trono de sus mayores. Tan fausto acontecimiento, acompañado de un indulto generoso, y de toda la energía capaz de hacer respetar las amenazas á los que, empedernidos en el crimen, desoyesen aquel real llamamiento, obró maravillosos efectos en la opinión: fueron no pocos los que renunciaron á sus depravadas conexiones y que se retiraron al seno de sus familias á disfrutar de las gracias dispensadas por el benéfico monarca español; pero quedaron los más con las armas en la mano, dispuestos á morir con ellas antes que abandonar su infame profesión.

Así, pues, veremos empeñados los realistas en continuos ataques, que, si bien no fueron tan sangrientos como los del año anterior, no dejaron de ejercitar su constancia y sufrimiento. Daremos una rápida reseña de ellos, en honor de tan valientes tropas y de su bizarro jefe, que

con tanta inteligencia y tino dirigía sus operaciones desde la capital.

Desde el momento en que se supo la derrota de Morelos, algunos malcontentos del fantástico congreso insurgente, que con el mayor dolor habían visto arrebatada de sus manos la tiranía absoluta, conocieron era llegado el caso de sacudir toda dependencia de aquel formidable enemigo. Rayón, Liceaga y Verduco, que jamás se habían reconciliado de buena fe, se unieron para derribar su prestigio, é influyeron en el citado Congreso, para que le despojase del Poder ejecutivo. Rayón fué comisionado, como capitán general, con las más amplias facultades para poner á cubierto de una invasión la provincia de Oajaca. El licenciado Rosains salió, con igual autoridad, para Puebla y Veracruz, y otros se esparcieron por diferentes rumbos á sostener aquella devastadora guerra, ó más bien, á prestar á las tropas del Rey ocasiones de ganar nuevos laureles.

Tales fueron los que logró el teniente coronel D. Francisco González derrotando completamente, en 21 de Enero, en las inmediaciones de Mexcala, á una gavilla de 500 insurgentes capitaneados por Victor Bravo, quien pudo salvarse de aquella mortífera batalla con solos 20 de sus soldados, perdiendo todo el resto de su gente, dos cañones, muchos fusiles, caballos y equipajes.

Tres días antes había ganado el comandante D. Melchor Alvarez una acción, si no tan importante por los resultados, á lo menos tan gloriosa, por el vencimiento de obstáculos acaso mayores: 400 facciosos, al mando de los cabecillas Rincón, Juan Rafael, José Antonio, Bárcena y otros, se habían fortificado en la cumbre de una montaña, cerca del pueblo de Tomatlán, en el rumbo del Sur; mas despreciando los realistas el vivo fuego que salía de aquella terrible posición, treparon por la penosa subida, de tres cuartos de legua, sin disparar un tiro hasta que se hallaron encima de los parapetos. Aterrados los rebeldes al ver tan heroica decisión y empeño, abandonaron pre-

cipitadamente su campo, perdiendo 100 hombres en su fuga y la mayor parte de sus efectos.

Hacia el mismo tiempo habían sido derrotados en el distrito de Colima los cabecillas Regalados por D. Mariano Díaz, teniente de la columna del comandante Basvilbaso, matándoles cerca de 80 hombres y tomándoles 25 prisioneros, una porción de mulas y caballos, municiones, objetos de parque y varios de sus efectos robados. Por la parte de Zacatecas acababa de cubrirse de gloria el capitán D. Bernardo Díaz Cosío, quien, con solos 90 hombres que tenía de guarnición en la villa de la Encarnación, tuvo el arrojo de salir á media legua de dicho pueblo contra las numerosas gavillas de Amador, Segura, Santos Aguirre y otros cabecillas: habiendo formado su cuadro, no sin las mayores dificultades, á causa de la improvisa llegada de los facciosos en la madrugada, se rompió un vivo fuego, durante el cual se lanzaron cuatro veces á la bayoneta sin hacer mella en aquel impenetrable muro de bronce, cuyo terco y desesperado valor los hizo huir cobardemente, dejándose en el campo más de 200 muertos.

Cosío no juzgó oportuno salir en su seguimiento, porque su tropa estaba sin aliento y extenuada de fatiga. El coronel conde de Pérez Gálvez deshizo en las inmediaciones de León, de cuya villa era comandante militar, á las gavillas de Rafael Durán, José Antonio Segura, Juan Ríos y Simón Sánchez, mandando colocar en una de las calles de dicha población la cabeza del primero, que había sido hallada entre un montón de cadáveres.

Entre las acciones brillantes que se dieron en el mes de Febrero, merece particular mención el asalto de un cuartel fortificado por los insurgentes en el pueblo de Aculco, verificado por D. Juan Galopen, comandante de una columna perteneciente á la división del coronel don Cristóbal Ordóñez; 60 facciosos muertos y varias armas de fuego fueron el premio de tan arriesgada empresa. El bizarro oficial D. Manuel Lorensis, perteneciente á la di-

visión del Sur, sostuvo, con un puñado de valientes, tres ataques consecutivos en el pueblo de Huejocingo, haciendo ver á los rebeldes el heroísmo de que son capaces los que pelean por una causa legítima.

Otra partida de la división del Sur, al mando de don José de La Madrid, se apoderó á viva fuerza de las baterías de Río Frio, y de cinco cañones que las guarnecían, aumentando sus trofeos con la toma de varias armas de chispa y municiones, dos cajas de guerra, una bandera y algunos prisioneros, que, pasados inmediatamente por las armas, completaron el número de 40 muertos. El ya citado comandante D. Juan Galopen adquirió nuevos blasones exterminando en la villa del Carbón al regimiento de infantería fijo de Chapa, que á las órdenes del cabecilla Epitacio formaba parte de la división insurgente establecida en las cercanías de dicha villa: la destrucción de aquella guarida desde la que emprendían los rebeldes sus continuas correrías por los caminos de Tula y Querétaro, restableció la calma por entonces y derramó un consuelo vivificador sobre todos los pacíficos habitantes de aquella comarca.

El teniente coronel D. José Gabriel de Armijo derrotó en Chichihualco á 2.000 insurgentes mandados por Nicolás Bravo, Sesma, Galiana y otros cabecillas, quienes perdieron una parte considerable de su gente, armas, municiones, ganados y otros efectos.

El comandante D. Francisco de las Piedras rechazó victoriosamente los impetuosos ataques que dieron al pueblo de Tulancingo 2.500 insurgentes acaudillados por los tres hermanos Osornos, Espinosa, Inclán, Serrano, Pozos, Mecón, Mariano Montaña, Diego Manilla y otros; e jefe realista desechó con el mayor desprecio la altanera intimación que le habían dirigido para rendir las armas dichos cabecillas, poseídos del más irritante orgullo fundado en la inmensa superioridad de su número, é hizo ver en la defensa de aquel punto lo poco que podían esperar los rebeldes de quien sabía apreciar en toda su extensión el pundonor militar.

El capitán D. Anastasio Brizuela, perteneciente á la división del general Cruz, sostuvo gloriosamente otro brusco ataque contra 2.500 facciosos capitaneados por los religiosos Torres, Navarrete y Uribe, y por los seglares Martín Martínez y Segura, quienes después de haber hecho un vivo fuego todo el día 16 de Febrero hubieron de abandonar el campo, dejándose varios muertos y llevándose 36 heridos.

No fueron menos ilustres los combates dados en el mes de Marzo. Después de haber tomado el teniente coronel Armijo el pueblo de Chichihualco, se dirigió con 300 infantes y 150 caballos para el pueblo de Tlacotepec con la esperanza de apresar al rebelde Morelos, que se hallaba en él con los cabecillas Galiana, Dr. Cos, Nicolás Bravo, Rosains, Sesma y otros; á pesar de las precauciones con que caminó Armijo por sendas intransitables, fué su marcha anunciada con anticipación á Morelos, quien había ya huído del citado pueblo cuando llegó la división realista.

Se sentía ésta, sin embargo, animada de tan ardientes deseos de dar nuevas pruebas de su valor, que sin tomar el menor descanso salió inmediatamente contra los prófugos, los que, alcanzados por la caballería, fueron puestos en la más completa dispersión, dejando el campo sembrado de cadáveres. Morelos, perseguido de cerca, pudo ocultar su vergüenza en la espesura de las montañas de Zacatlán; pero perdió todo su equipaje, correspondencias, planos, sellos, el archivo de la quimérica junta de Chilpancingo, la imprenta, el resto miserable de sus provisiones de guerra y boca y una parte de sus satélites más adictos.

Don Félix La Madrid, comandante de una de las columnas del Sur, señaló de nuevo su bravura en las inmediaciones de Chautlan, resistiendo brillantemente á un impetuoso ataque de 600 facciosos capitaneados por Miguel Bravo, Victoriano Maldonado y otros cabecillas, quienes dejaron 50 cadáveres tendidos en el campo, y en

poder de los realistas dos cañones, muchas municiones, dos estandartes y otros despojos.

A los pocos días de esta bizarra acción, tuvo este mismo jefe nueva ocasión de acreditar su valor, derrotando á los insurgentes en el pueblo de Chila y haciendo prisionero al cabecilla Miguel Bravo, al teniente coronel subdiácono Alducin y á otros varios, cuyas vidas salvó por entonces; mas no las del coronel Zenón-Vélez, del sargento mayor Herrera y de otros satélites que más se habían concitado el odio público por sus maldades. El teniente coronel D. Matias Martín Aguirre salió con orden del comandante general del ejército del Norte, D. Ciriaco de Llanos, á destruir las fábricas que tenían los insurgentes en una tremenda caverna, situada en la barranca de Cópore, en cuyo profundo seno podían alojarse cómodamente más de 2.000 personas: el esforzado Aguirre desempeñó exactamente su comisión después de haber batido la gavilla de Francisco Rayón en Tuxpán, y la de su hermano Ramón en Jungapeo.

El teniente coronel D. Carlos María Llorente volvió á medir la espada con los rebeldes en los cerros de Acopinalco, cuyas posiciones forzó á pesar de sus formidables obras de defensa, adquiriendo nuevos timbres en esta jornada, de los que participaron asimismo el capitán D. Anastasio Bustamante y el sargento mayor D. José Barradas.

El comandante D. Saturnino Samaniego se hizo acreedor á los mayores elogios salvando un rico convoy que escoltaba de Veracruz á Jalapa en medio de los repetidos ataques y emboscadas que hubo de resistir por todo aquel tránsito infestado de insurgentes, quienes tuvieron la pérdida de 80 muertos, de varios heridos y prisioneros, sin más desgracias por parte de Samaniego que la muerte de 10 de sus soldados.

No bien habia descansado el atrevido Llorente de la acción de los cerros de Acopinalco, cuando hubo de empuñar de nuevo la espada contra los rebeldes en el paraje nombrado Portezuelo entre Zacatlán y Chicahuapan, en

cuyo punto batió completamente á 2.000 de ellos, capitaneados por el cabecilla Osorno y montados en buenos caballos.

Entre los hechos más gloriosos correspondientes al mes de Abril debe ocupar un lugar de preferencia la entrada de las tropas realistas en Oajaca, el dominio de cuya ciudad no había podido ser conservado por el insurgente Rayón, si bien había pasado á esta provincia con aquel solo objeto: los oajaqueños dieron en esta ocasión los más puros testimonios de júbilo y alegría al verse libres de aquella chusma devastadora, á cuya horrible presencia habían debido sofocar sus sentimientos de fidelidad al Monarca español y de amor á sus tropas.

Este golpe importante, y la ocupación ocurrida en el mes siguiente del castillo y puerto de Acapulco con todo lo que poseían los facciosos entre la costa del Sur y entre el Mexcala y el mar, con otras muchas acciones parciales dadas á este tiempo por los bizarros jefes Samaniego, Orrantia, Ordóñez, Alvarez, Villaescusa, Reguerra, Rivas, Brizundia, González, Landa, Portillo, Melgares y otros, introdujeron el mayor desorden en el partido insurgente, y fueron causa de que se disolviese por entonces su efímero congreso.

Empero lo que más contribuyó á mejorar el aspecto de los negocios fué la referida toma de Oajaca y Acapulco. El coronel Armijo, encargado de esta última expedición, la ejecutó del modo más brillante, llenando completamente las miras del celoso virrey Calleja, que era el alma de todas aquellas empresas. Temeroso el enemigo de no poder resistir á la esforzada división de Armijo que se iba aproximando, evacuó el citado pueblo y fortaleza de Acapulco, y reconcentró todas sus fuerzas en el Veladero: era éste un grupo de montañas bastante elevadas, situadas al NE. y O. de un extenso bosque cubierto de zarzas, espinos y otras malezas que se extendía hasta el mar por la circunferencia de cinco leguas. Fijando Armijo su cuartel general en el Ahuacatillo, y dejando el campo á

cargo del mayor Avilés, salió con 350 infantes y 60 caballos á reconocer la citada plaza y los flancos que presentaba por aquella parte la posición del Veladero.

Después de superar increíbles obstáculos para limpiar el camino de los muchos embarazos y cortaduras que habían opuesto los rebeldes, llegó por fin á presenciar el incendio de aquella desgraciada población, la ruina de su castillo y la destrucción de cuanto estuvo al alcance de aquellas hordas forajidas. Habiendo reconocido al día siguiente las posiciones de que era preciso apoderarse para exterminar el genio de la discordia, observó una porción de puntos fortificados que se protegían recíprocamente cruzando sus fuegos, de modo que en caso extremado podían sus defensores replegarse libremente hasta el último de ellos.

Aunque en esta curiosa exploración tuvo el acerbo dolor de ver todavía fresca la sangre de 21 prisioneros españoles que acababan de ser inmolados en el sitio llamado la Quebrada, y de saber el sacrificio de otros 39, 5 de ellos en el hospital y 34 en una de las barrancas inmediatas, logró sin embargo el importante objeto de adquirir conocimientos exactos de aquel terreno para formar un atrevido plan, cuya acertada ejecución hizo ver que los esfuerzos de su ingenio no eran inferiores á los de su brazo.

Habiendo dado orden al mayor Avilés para que se trasladase al pueblo de Tixtlancingo, trató Armijo de dirigirse sobre la costa de Zacatula, venciendo los puestos fortificados del Bejuco y del pie de la cuesta, bajo cuyos fuegos estaba situado el camino. Era el día 15 de Abril cuando á las dos leguas de Acapulco se encontró con el primero defendido por dos cañones y por 70 insurgentes, armados algunos de fusiles y los demás con lanzas y machetes.

Apenas vieron éstos la serenidad con que se dirigían los realistas á apoderarse de aquella posición, la abandonaron precipitadamente y pasaron á replegarse al segundo

reducto. Estaba éste defendido por una fuerte trinchera sobre la loma que daba vista al camino, en la que habían sido colocados dos cañones y 100 hombres con fusiles; dicha primera trinchera se veía apoyada por otra guarnecida con 200 hombres armados, dos culebrinas y siete cañones; mas este imponente aparato no arredró de modo alguno á las valientes tropas realistas; se lanzan, pues, con el mayor denuedo sobre el enemigo, que había roto un horroroso fuego desde sus parapetos; un tesón y esfuerzo tan inesperado le hace titubear, y al observar los preparativos del asalto se dispersa y huye hacia los bosques inmediatos y hacia las canoas que tenía preparadas en la gran laguna de Coyuca; van los realistas en su persecución acuchillando á cuantos tuvieron menos celeridad para salvarse; se apoderan de las baterías y de todas sus municiones y queda libre y despejado el camino.

Después de haber dado Armijo un breve descanso á su tropa, se dirigió por la playa hacia el pueblo que lleva el mismo nombre que la citada laguna, con la mira de salvar del furor de los prófugos algunas familias de Acapulco que en él se habían refugiado; fué esta marcha de las más penosas á causa de lo ardoroso del clima, de lo cansado de su piso arenoso, y aún más por haberse visto precisada la columna realista á vadear tres grandes lagos, uno de ellos con agua hasta los pechos.

Antes de verificar su entrada en dicho pueblo había dado órdenes terminantes al mencionado Avilés para que se situase en el Ejido viejo, dos leguas al Norte del Veladero, y dispuso asimismo que D. Juan Bautista Miota se dirigiese á Teipan con la mayor rapidez á fin de libertar de la furia de Morelos algunos prisioneros, cuyo exterminio había jurado aquel monstruo de barbarie.

Aunque ambos comandantes ejecutaron su movimiento con toda la celeridad posible, no pudieron evitar el sacrificio de 100 víctimas inocentes que cayeron bajo la feroz cuchilla del sacrílego jefe insurgente; pero pudieron salvar, á lo menos, de tan funesto trance otros 600 hombres

que habían sido condenados á la muerte, y entre ellos muchos prisioneros de Asturias, Fernando VII y de otros cuerpos.

Apenas había salido Morelos del citado pueblo cuando entró la columna de Miota á recibir los parabienes de de aquel vecindario y las demostraciones del más puro regocijo por verse libre de la vengativa espada de los protervos; el cabecilla Ignacio Ayala, socio y confidente de Morelos, fué aprehendido en su fuga para desagraviar con su sangre los manes de tanto benemérito proscripto. La mayor parte de la tropa que había entrado en Coyuca fué enviada á los Tepehuages, punto inmediato al Veladero por el rumbo del Ahuacatillo; y reunido Armijo con Avilés en el Ejido viejo, fué destacado este jefe con otra columna á ocupar el camino que conduce desde dicho Veladero á Texca y sierra de la Brea, quedando así cerrados todos los conductos por donde podían los rebeldes recibir algunos auxilios.

Viendo el coronel Armijo la necesidad de dar un pronto golpe de mano antes que llegase la estación de las aguas, y que se desarrollasen con más violencia las fiebres endémicas, que habían empezado á acometer á algunos de sus soldados, había principiado ya á tomar las disposiciones más activas, cuando el orgulloso enemigo se atrevió á atacar al capitán Moya, comandante de la columna situada en el punto de los Cajones, y sucesivamente al mismo Avilés en su nueva posición, y aunque estas temerarias tentativas se estrellaron en los invencibles pechos de las tropas del Rey, no por eso desistió el indómito Morelos de hacer otro ensayo de su desesperado valor.

El día 6 de Mayo estaba prefijado para el ataque general: todos los comandantes tenían las necesarias instrucciones para concurrir simultáneamente á este golpe decisivo; el capitán D. Ignacio Ocampo fué encargado de penetrar con 190 hombres por la montaña en que estaba situado el fuerte más elevado de los insurgentes, llamado

San Cristóbal; los demás jefes fueron á ocupar sus posiciones respectivas; pero una feliz combinación, que puso á Ocampo en la necesidad de romper el fuego una hora antes de lo convenido, decidió del éxito de aquella batalla. Tomado en menos de diez minutos el citado fuerte de San Cristóbal, que formaba la principal defensa de los demás puestos avanzados, quedaron los realistas dueños de todas aquellas fortificaciones, y los rebeldes no tuvieron más recurso que el de fiar á la celeridad de sus pies la salvación de sus miserables vidas.

Todo fué entre ellos confusión y desorden; el campo quedó cubierto de cadáveres; Galiana y los demás cabe-cillas se arrojaron por barrancas y precipicios huyendo de la afortunada espada de las tropas reales, que apenas habían oído romper el fuego por la columna de Ocampo, se habían arrojado con intrepidez por todas direcciones para envolver al enemigo en su completa destrucción; todo, pues, quedó en poder de los realistas; dos culebrinas, 14 cañones, varias armas de chispa, grandes repuestos de municiones y otros pertrechos fueron los ilustres trofeos de tan memorable jornada.

Cuando se creía que ya Morelos, falto de prestigio y opinión, habría renunciado á la espinosa carrera de la insurrección, en la que no hallaba sino disgustos, quebrantos y los riesgos de una desastrada muerte, se supo que, reunido con algunos de sus secuaces y con sus dos mayores rivales, Verusco y Liceaga, se había amparado de las fragosidades de la sierra que corre desde Huétamo hasta las inmediaciones de Valladolid, y que al favor de la aspereza del terreno y de la estación de las aguas había erigido otra vez el Congreso, formando una complicada constitución, copiada en gran parte de la promulgada por las Cortes de Cádiz.

Empero duró muy poco esta aparente reconciliación entre los mandatarios insurgentes. Rayón, introducido en la provincia de Puebla, fué contrariado en sus proyectos ambiciosos por el licenciado Rosains, y éste, batido á su

vez á principios de Julio, así como sus compañeros Arroyo, Correa y Andrade, por el sargento mayor D. José Santa Marina, perteneciente á la división del brigadier D. Ramón Díaz de Ortega, en el pueblo de San Hipólito, con pérdida de muchos muertos y de 49 prisioneros.

A consecuencia de este contraste volvió Rayón á titularse ministro universal de la nación, y contando con el apoyo de Bustamante y de otros jefes adictos á su partido se atrevió á negar la obediencia al Congreso. Un nuevo cabecilla, llamado Guadalupe Victoria, situado entre Veracruz y Jalapa, se había declarado también contra el licenciado Rosains, y obraba de acuerdo con los hermanos Rayones, que se habían hecho fuertes en el cerro de Cópore. Serrano y Gómez se batían en Calpulalpan; Morelos había vuelto á perder su influencia; Cos insultaba al Congreso después de haber concurrido á la formación de su constitución, y el Cuerpo soberano, siempre inquieto y alarmado, proscribía á cuantos creía que podrían atravesar sus miras, sin que los librase de aquellos decretos exterminadores la consideración de ser del mismo gremio, pues que eran reemplazados al momento por cualquiera individuo de las gavillas errantes.

En tanto que el Congreso iba vagando por los diversos parajes de la indicada serranía, siempre en discordia, confusión y desorden, no se descuidaban las varias columnas realistas en perseguir las partidas rebeldes en todas direcciones. En el mes de Junio había logrado grandes ventajas una expedición que había sido dirigida sobre el territorio de Huichapan, Zimapán, el Cardenal y sus contornos. El comandante de la Huasteca, D. Alejandro Álvarez Gutiérrez, obtuvo iguales triunfos en su distrito, y entre los principales la prisión del presbítero Calderón, apellidado vulgarmente obispo de Papantla y el Morelos de la Sierra. A consecuencia de estos felices sucesos se presentaron hasta 4.000 insurgentes de la facción del coronel Peña, al goce del indulto, al que se acogieron asimismo los cabecillas Aldana y Osorno cuando vie-

ron los rápidos progresos que hacía la opinión á favor de los reales derechos.

El furioso cabecilla Galiana había entrado en acción á fines de Junio en las inmediaciones de Coyuca con don Juan Ignacio Ferraud, perteneciente á la columna del mayor Avilés; y aunque todas las apariencias obraban á favor de los 500 hombres de que se componía la fuerza contraria, todo cedió sin embargo al invencible brazo de los realistas: el mismo Galiana fué hecho prisionero con otros varios después de haber quedado en el campo bastantes muertos. Nicolás Bravo, Vázquez, Pineda y otros caudillos que capitaneaban una gavilla de 600 facciosos, fueron batidos en el pueblo de Tepecuacuilco por el comandante de Iguala D. Mariano Ortiz de la Peña, perdiendo mucha gente, más de 60 armas de fuego y una gran parte de sus bagajes y de los robos que habían hecho pocos días antes.

Hacia las provincias internas del Oriente se distinguía asimismo el bizarro D. Joaquín Arredondo, batiéndose en repetidos encuentros con las naciones bárbaras de los Cumanches, Tahuayaces, Tanchahues, Tahuacanes y demás que habían tenido parte en los movimientos de Tejas. De 1.200 gandules que penetraron en el mes de Agosto por aquellas fronteras, tan sólo una tercera parte pudo volver á franquearlas; los demás quedaron, ó muertos ó heridos, en poder de las tropas del Rey. D. José Miguel Paredes, D. José Manuel de Zoraya y D. José Joaquín Muñoz de Terán fueron los jefes que más brillaron en este teatro de acciones gloriosas.

Algunos de los jefes insurgentes que habían sufrido la gran derrota de Tejas por el brigadier Arredondo, de la que se trató en la historia del año anterior, habían sido los principales motores de la sublevación de estas tribus; pero como hubieran tenido la imprudencia de ejercer algunas tropelías sobre la nación de los indios *Saetas*, reunieron éstos todas sus fuerzas y acabaron de destrozarse en el mes siguiente las reliquias de aquel ejército, apode-

rándose de la artillería que habían traído de *Baton Rouge*, y causándole una horrorosa mortandad: el gran Cadó, á la cabeza de 3.000 indios armados, fué persiguiendo los prófugos por el río de Trinidad arriba para completar su exterminio; de este modo quedaron enteramente frustrados los planes de aquellos genios bulliciosos que trataban de cubrir con nuevas empresas la mengua de sus primeros reveses.

Continuaba al mismo tiempo el bizarro Armijo haciendo los mayores progresos por la parte del Sur contra los rebeldes de Silacayoapan, mandados por Terán, Mentado, Victoriano, Adán Sánchez y Juan del Carmen, que tuvieron el atrevimiento de atacar el pueblo de Tlapa: la fuerza de éstos consistía en 1.000 hombres, y la de los españoles en 170; pero esta excesiva superioridad numérica estaba abundantemente compensada con la imperturbable serenidad, inteligencia y arrojo de los que peleaban por la razón y por la justicia.

Las impetuosas cargas de los rebeldes fueron recibidas con la mayor impavidez, y se estrellaron en aquellos pechos de bronce: la pérdida de 150 hombres, entre ellos los cabecillas Chepito, Herrera, el capitán traidor de Saboya Canero, Chavarría y Mejía, y el abandono de una porción considerable de armas y pertrechos de guerra, fueron el fruto que sacaron los rebeldes de su temerario atrevimiento.

En el entretanto se había ido rehaciendo el prófugo Rayón en el pueblo de Zacatlán, y amenazaba tomar una preponderancia muy peligrosa á toda aquella comarca. Su venenoso influjo se extendía hasta la capital, á cuyas autoridades, corporaciones y sujetos más distinguidos dirigía sus péfidas comunicaciones, por las que se esforzaba en probar que siendo tan lastimoso el estado de la Península, no se ofrecía otro medio más saludable para salvar el país de su ruina total que la fusión de partidos bajo el mando del mismo virrey, cuya vigilancia trataba de adormecer por este medio engañoso.

Varias veces había intentado el Sr. Calleja destruir aquel foco de la insurrección; pero como estos rebeldes se hallaban colocados á la entrada de una fragosa serranía, y bien servidos por sus espías, se escondían en sus impenetrables abrigos mientras duraba la persecución, y las tropas del Rey se veían precisadas á retirarse, ó por la falta de víveres que se experimentaba en aquellos des poblados, ó por acudir á otras atenciones, y entonces volvían los rebeldes al citado punto de Zacatlán.

Era, sin embargo, tan considerable el estrago que hacían aquéllos en la opinión, que el virrey juzgó necesario su exterminio á todo trance. Formada con esta mira una brillante expedición al mando del coronel D. Luis del Aguila, comandante general de los llanos de Apan, dió las órdenes más terminantes para llevar á cabo aquella importante operación.

Emprendiendo este jefe valiente la marcha en 25 de Septiembre por los sitios más ocultos y ásperos de aquel terreno, siempre fuera del camino, logró, á los dos días de tan penosa correría, sorprender completamente dichas gavillas.

A pesar de sus preparativos de defensa y de los obstáculos que ofrecían sus respetables posiciones, todo cedió al irresistible brazo de los españoles; el enemigo fué arrollado en breves instantes: más de 200 hombres quedaron muertos en las calles, y fueron infinitos los heridos; el pérfido Rayón pudo salvarse con la fuga, sin más acompañamiento que el de cuatro soldados de su gavilla; el doctor Crespo, vocal por Oajaca en el Congreso de Chipalcingo, fué herido y hecho prisionero; el coronel Pardo, varios jefes y oficiales fueron contados en el número de los muertos; la toma de 30 prisioneros, de 12 piezas de todos calibres, 200 fusiles y carabinas, 30 cajones de municiones, todos los equipajes de los rebeldes, y hasta del mismo sombrero y bastón del principal caudillo, coronó los triunfos de aquella brillante jornada. Fué sumamente distinguido el mérito de todos los individuos que tuvie-

ron una parte activa en este combate; aquél resalta de un modo más luminoso al observar que tan ilustres triunfos fueron conseguidos con la pérdida de un solo muerto y dos heridos; inconcebible ventaja que se debió al ímpetu y animosidad con que los realistas se arrojaron sobre el enemigo.

La división del coronel Armijo siguió asimismo su brillante carrera en el mes de Octubre; las partidas del subteniente D. Francisco Mancebo del Castillo y del alférez D. Manuel Navarrete lograron derrotar en el pueblo de Papalutla al cabecilla Cornejo, matándole más de 50 hombres, tomándole varios prisioneros, caballos, mulas y armas de fuego, y poniendo el resto de la gavilla en la más desordenada dispersión. Una partida de 50 hombres, al mando del capitán D. Calixto González Mendoza, perteneciente al ejército del Sur, sorprendió en el pueblo de Tecamachalco otra de facciosos, menos importante por el número, pues no pasaba de 21 individuos, que por su calidad é influjo.

Nuève de ellos, en particular, eran muy temidos en el país por sus maldades, por su desesperado valor y por la fama de sus hazañas: los nombres de Rafael Mendoza, *Buen brazo*, Isidro Limón, José Rosete, José Ramírez, José Sosa, Francisco Fernández, José Antonio Rodríguez y Santiago Castro, difícilmente podrán borrarse de aquel teatro de rapiñas y desolación. Todos ellos fueron pasados por las armas, quedando así limpio el país de tan terribles enemigos, y los demás facciosos que fueron aprehendidos en dicha sorpresa siguieron su destino para Puebla, á fin de ser juzgados con más benignidad.

Las tropas del coronel D. José Antonio Andrade se ejercitaron, con los más felices resultados, en perseguir sobre el distrito de Ario á los cabecillas Muñiz, Montaña, Cervantes, Lorenzana, Sánchez y Savariego, obligándoles á buscar su salvación en la fuga, sin dejar un momento de descanso á su Junta revolucionaria, la que, trasladada desde Santa Efigenia á la hacienda de Tomendán, y sucesiva-

mente á Uruapán, iba errante, sin domicilio fijo, y sin hallar punto alguno de defensa contra las victoriosas armas de los realistas.

Hacia el mismo tiempo estaban atacando á San Martín el Grande las gavillas de Fernando Rozas, Serapio Valdés, Tovar, Vargas, Sotero López, Brígido y otros varios caudillos que habían reunido hasta 600 caballos, 100 infantes y una gran chusma de honderos provistos de embreados para incendiar los puentes y los puestos fortificados; pero la bizarría y acierto con que el comandante americano D. José Castro dirigió la defensa, hizo que se estrellase la audacia del enemigo en los esfuerzos de sus valientes tropas. La línea de los realistas se mantuvo impenetrable á las repetidas cargas de los facciosos, quienes desanimados al ver una resistencia tan heroica, desistieron de sus criminales intentos abandonando una presa que daban ya por segura, y dejando más de 50 cadáveres en las avenidas de dicho pueblo.

El comandante D. José Santiago de Galdames, dependiente de la división del brigadier D. Diego García Conde, resistió con su acostumbrado valor á fuerzas muy superiores de los rebeldes, que indudablemente lo habrían envuelto en una completa destrucción si le hubiera faltado aquella entereza de ánimo que es tan propia del carácter español.

Había salido con 440 hombres para auxiliar al Real de Pinos; y al llegar á Buenavista descubrió á los insurgentes que se dirigían hacia la Jaula: sin reparar en tropiezos y sin examinar su número se lanzó contra ellos; pero conociendo por su empeñada resistencia que aquellas fuerzas eran muy superiores á lo que él se había imaginado, se vió precisado á formarse en cuadro para rechazar sus impetuosas cargas.

Habiéndose introducido, sin embargo, algún desaliento en aquella columna, se puso en fuga la mayor parte, quedando tan sólo un puñado de soldados á sostener el honor de las armas del Rey, jurando morir en defensa de

sus soberanos derechos antes que ceder el campo al altanero é implacable enemigo.

Con estos pocos valientes hizo el benemérito Galdames una resistencia tan obstinada y heroica, que el enemigo se vió precisado á retirarse, no sin la más furiosa irritación de los cabecillas Rosas, Pachón y Rosales, que repetidas veces se aproximaron á tiro de pistola, sin que su audacia y temerario valor hiciesen la menor impresión en aquellos impávidos pechos.

La pérdida de 22 realistas muertos y de 37 heridos fué inferior á la que sufrieron los facciosos; el imperturbable Galdames regresó á la Ciénaga de Mata, de donde había salido, salvando á estos últimos y á cuantos tuvieron la constancia de no separarse de sus filas. Esta acción, que se presenta como una derrota de los soldados del Rey, fué en su vez sumamente gloriosa en medio de sus mismos reveses y contrastes; y el mérito contraído por su bizarro comandante y por la tropa, que se mantuvo firme en tan graves peligros, admite pocos ejemplos de comparación.

Otro de los hechos más gloriosos de esta época fué la heroica defensa que hizo el capitán D. Anastasio Brizuela en el pueblo de la Piedad con sólo 80 hombres que tenía de guarnición contra 2.000 facciosos capitaneados por los PP. Torres, Sáenz, Navarrete, Sixto, Carrasco, Uribe y Saavedra, y por los seglares Cabeza de Vaca, Obregón, Velasco y otros.

Tres días consecutivos duró este porfiado combate, sin que las hordas devastadoras pudiesen forzar la citada posición, ni conmover la entereza de aquel puñado de valientes. Al llegar en su auxilio el brigadier D. Pedro Celestino Negrete huyeron los rebeldes con la mayor precipitación después de haber perdido en sus inútiles tentativas sobre 100 muertos, entre ellos el caudillo Fulgencio Rosales, dos coroneles y un eclesiástico y otros tantos heridos, con muy poco quebranto de parte de los bizarros defensores.

No fué menos ilustre la resistencia que hizo en el mes de Noviembre el sargento mayor D. José Barradas en el pueblo de Apan contra 1.700 bandidos acaudillados por Rayón, Osorno, Inclán, Espinosa, Serrano, Manilla, Ramírez, Bocardo, Benavides y el P. Lozano.

Doscientos cincuenta hombres, de que se componía la fuerza realista, destruyeron completamente aquellas gavillas, matándoles más de 100 hombres sin que hubieran conseguido otras ventajas sino las de incendiar algunas de las casas de aquellos habitantes, que por su fidelidad al Rey y adhesión á los que defendían tan justa causa habían llegado á hacerse acreedores á la más decidida protección. El valiente sargento graduado de oficial D. Francisco Montes y Ríos, con solos 35 dragones de Sierra Gorda y dos hijos suyos, derrotó en la hacienda de Turica á 500 rebeldes de caballería, matándoles 50 hombres y obligándoles á ocultar con la fuga la mengua de tanta cobardía.

El teniente coronel D. Felipe Castañón sorprendió al enemigo en el pueblo de Puruandiro del modo más honroso á su inteligencia y bizarría. Después de haber andado diez leguas de asperísimo camino, se arrojó de repente sobre el citado pueblo, y penetrando á toda carrera por sus calles, introdujo en los rebeldes tal terror y desaliento, que perecieron los que trataron de hacer alguna resistencia, y tan sólo salvaron sus vidas los que rindieron las armas: 70 muertos, entre ellos el mariscal de campo Manuel Villalongín y el coronel Antonio Pérez de la Busta; 113 prisioneros, 125 caballos, 61 fusiles y carabinas, pistolas, sables y varias monturas fueron el fruto de tan feliz jornada, en la que los realistas no tuvieron la menor desgracia.

El teniente coronel D. Francisco Orrantia, que trocando su profesión mercantil por la espinosa carrera de las armas, abandonando las ventajas de una vida cómoda para acreditar en medio de penalidades y riesgos su acendrada fidelidad y patriotismo; ese bizarro español que

tanta gloria había adquirido en las repetidas ocasiones en que había podido desplegar su impávido valor á las órdenes del coronel Itúrbide, á cuya división pertenecía, adquirió nuevos blasones en tres acciones consecutivas que dió á los rebeldes en el mes de Noviembre: deshizo en la primera 400 caballos mandados por Matias Ortiz en las lomas de la Deseadilla (provincia de Guanajuato), matándoles 60 hombres y tomándoles 12 prisioneros, 80 armas de fuego, muchas lanzas, machetes y caballos; en la segunda volvió á derrotar en las cercanías de la hacienda titulada de la Obra al mismo Ortiz, que había sido reforzado con otras partidas sueltas hasta el número de 1.500 hombres: otros 50 muertos, 4 prisioneros y varias armas de fuego fueron el resultado de este segundo empeño. El tercer hecho de armas ocurrió en las inmediaciones de San Luis de la Paz, donde los facciosos perdieron 150 hombres, más de 200 caballos, muchos fusiles, lanzas y machetes.

Las gavillas insurgentes de la provincia de Nueva Galicia se iban reuniendo con la intención de atacar á Zapotlán el Grande: estaba combinado este golpe entre las que se hallaban situadas en Cotija y las que se extendían desde la sierra de Teocuitatlan hasta Jiquilpan, valle de Mazamitla y río del Oro al mando de Vargas, Salgado, Mendoza, el Guaparrón y otros muchos cabecillas, á los que se habían agregado algunas de las tropas de Morelos. Noticioso el teniente coronel D. Luis Quintanar de los planes de estos perversos contra el citado pueblo de Zapotlán, les salió al encuentro y les presentó la batalla frente al pueblo de San Sebastián.

Aunque el enemigo había desplegado una fuerza de 800 infantes y 2.000 caballos, flanqueados por cuatro piezas de artillería, no se arredró de modo alguno el valiente Quintanar, ni dudó un momento de que la victoria había de coronar los heroicos esfuerzos de su pequeña columna. Lleno de esta confianza, propia de varoniles pechos, se arrojó contra el enemigo con la mayor firmeza

y decisión: una carga tan impetuosa no pudo ser resistida; desconcertado el enemigo huyó vergonzosamente en todas direcciones, abandonando el campo cubierto de 300 cadáveres, sus municiones y artillería, más de 100 fusiles y 82 prisioneros.

Se hallaba el enemigo fortificado en la Barra y pueblo de Nautla, desde donde causaba los mayores quebrantos; el virrey Calleja, cuyo celo y eficacia se extendía por todos los ángulos de su vasto gobierno, confió el encargo de apoderarse de aquel punto interesante al comandante D. Manuel González de la Vega, dándole los auxilios necesarios y oficiando al gobernador de Veracruz para que concurriese con sus esfuerzos al buen éxito de la operación. El acertado desempeño de este plan, debido á los movimientos estratégicos del referido Vega, puso en claro á un tiempo los recursos de su ingenio y la fortaleza de su ánimo: la toma de dicha posición, de los cañones que la defendían, piraguas, buques y municiones con porción de fusiles y carabinas, además de varios prisioneros, y muertos que tuvo el enemigo en aquella refriega, fueron el fruto de la constancia y arrojo de las tropas realistas.

No tuvo menor felicidad el sargento mayor D. José María Travesi en su expedición desde Veracruz á Jalapa, verificada en los primeros días del mes de Diciembre, cuyo resultado fué el de haber limpiado aquel camino de las gavillas que lo infestaban, y de haberles causado la pérdida de más de 50 hombres en varios encuentros que tuvo con las mismas.

Había quedado hacia aquel tiempo la provincia de Guanajuato libre de las reuniones de facciosos que con tanto empeño habían hostilizado las tropas de su comandante general D. Agustín Itúrbide; por todas partes habían adquirido considerables ventajas los realistas, y en igual proporción iba perdiendo terreno la causa de la independencia.

No contribuía poco al desaliento de este partido la fe-

liz perspectiva que ofrecía la madre patria con la restauración de su augusto Monarca. Esta plausible noticia había sido recibida generalmente como el arco iris que venía á serenar las borrascas políticas, y por lo tanto se esmeraron á porfía todas las provincias en celebrar tan fausto acontecimiento con las demostraciones más puras de su placer y regocijo.

Hasta los más ilusos y fanáticos llegaron á desengañarse de la insubsistencia de su ilegítima causa; ya no era tiempo de hacer creer á una muchedumbre insensata que el objeto del alzamiento era la sustracción de aquel reino á un dominio extranjero.

Ya era demasiado público que el legítimo Monarca se hallaba en el Trono de sus mayores, ejerciendo libremente todos los actos de su soberanía; ya no se podía dudar de elló desde que se habían recibido las órdenes para anular el régimen constitucional, que ni estaba en armonía con su decoro ni con las necesidades y conveniencia de sus pueblos.

Sólo la locura y desesperación podían empeñarse en sostener una lucha que se presentaba con todos los caracteres de ser acompañada de llanto y miseria. A pesar, pues, de estos inconvenientes, no faltaron genios díscolos y hombres viciosos que, no pudiendo capitular con la moral ni con las leyes, extendieron todavía su maléfico influjo hasta que fueron sucumbiendo gradualmente á su fatal destino.

Esta obstinación y terquedad de los rebeldes, si bien era causa de la desolación del país y de otros quebrantos que experimentaban los realistas, sirvió para acrisolar las virtudes de los que defendían tan noble causa, y para dar á su digno jefe nuevos timbres y blasones.

Era éste, con efecto, infatigable en buscar los medios para afianzar sólidamente la autoridad real: la profundidad de su ingenio, su fina penetración, el gran conocimiento del país, su larga práctica en el gobierno, y su extraordinario celo y eficacia, eran las mejores garantías del triun-

fo de su partido, y de que había de llegar al término de sus deseos, que era la destrucción del espíritu revolucionario. Así lo veremos en el año siguiente, en el que si no quedó del todo sofocado, quedó á lo menos reducido á un puñado de bandidos sin plan, sin concierto, sin apoyo en la opinión, sin más elementos que los del despecho y de la desesperación.